

CRÍTICA LITERARIA

FRAY VALENTÍ SERRA DE MANRESA
Capuchino



Una inmersión en la Teología de la Belleza



**DANIEL KOWALEWSKI
YOHANNES TEKLEMARIAM
BACHE**

Efrem Maria da Kcynia
Vita e opere d'arte
(Iconographia franciscana,
24) Roma
Istituto Storico dei
Cappuccini, 2020, 267 pág.

El capuchino polaco Stanislaw Klawitter (Efrem Maria de Kcynia, 1894-1970) se había formado artísticamente en la escuela monástica de Beuron y, una vez finalizada la guerra civil española, los frailes menores capuchinos de Cataluña solicitaron la colaboración del artista polaco para intervenir en la decoración de alguna de las iglesias conventuales entonces en proceso de restauración, o de reconstrucción. Fray Efrem asumió el reto personal de decorar la cripta del santuario barcelonés de Pompeya; uno de los espacios de arquitectura interior más exitoso creado por la nueva arquitectura religiosa de la posguerra (ver pág. 27-28 y 200-203).

En esta monografía que comentamos para los lectores de *Catalunya Cristiana*, se aproxima la figura de Efrem de Kcynia en su vertiente de pintor, escultor, ilustrador y vitralista; ya que es autor de unas de las más expresivas y magníficas obras de arte religioso contemporáneo que, en su día, fueron elogiadas por el papa Pío XI, y que hoy encontramos repartidas en Polonia, Francia, Italia, España y, sobre todo, en Bélgica; país donde gozó de la admiración del rey Leopoldo III y, particularmente de su protector y mecenas el cardenal Desiderio J. Mercier.

Las creaciones de Efrem de Kcynia se caracterizan por un lenguaje artístico sencillo — muy franciscano— y de fácil comprensión, pero siempre envueltas de un sugerente mensaje muy profundo, que nos sumerge en el ámbito de la «Teología de la Belleza»; así —y solo como ejemplo— debemos señalar que es muy expresiva la catequesis bíblica visual, reflejada a través de la luminosidad de los vitrales que el artista capuchino proyectó para la iglesia polaca de San José en Inowroclaw (ver pág. 250-257) y, muy particularmente, debemos destacar la sugerente «Teología Franciscana» irradiada por las 9 láminas que ilustran la edición estampada en 1923 del *Canticum Solis Sancti Francisci* y, también, la irradiada por el conjunto de las 28 ilustraciones de la edición monumental de 1925, de las *Fioretti di San Francesco* (ver las pág. 148-161).

Esta monografía no olvida referirse a las numerosas obras «menores» de Efrem de Kcynia, ya que en su día alcanzaron una gran proyección, como la que consiguió con la novedosa portada de la revista polaca, titulada *Rycerz Nepokalmiej*, que en el año 1922 fundó en Cracovia su antiguo profesor de Filosofía, el franciscano conventual Maximiliano María Kolbe, hoy santo (ver las pág. 13-14 y 138).

Aconsejamos la lectura pausada de esta monografía, que es una valiosa aportación al estudio de la iconografía franciscana y al conocimiento de la espiritualidad franciscana, a través de una sugerente inmersión a la «Teología de la Belleza» que nos provoca el arte genuinamente franciscano de fray Efrem.

ARREBATO

El nuevo puritanismo

Cuando el espíritu religioso pierde nervio y se degrada, se agarra desesperadamente a la intransigencia del puritanismo. Esta búsqueda de una pureza moral en la actitud personal y comunitaria está tan arraigada en el corazón humano que sobrevive a la propia religión; tanto es así que, hoy, en un contexto social que mayoritariamente no tiene en cuenta a Dios, el puritanismo sigue sorprendentemente tanto o más vivo que antes, aunque adaptado a unas formas distintas.

En nuestros días, uno de los ámbitos que más propicia la obsesión por la pureza es la gastronomía. La mortal que rige el movimiento vegano —y que excluye de forma estricta cualquier alimento de origen animal— puede llegar a ser tan rigorista y exagerada que denota que la motivación de fondo va mucho más allá de la preocupación por la propia salud o el cuidado de los animales. Cuando se llega al extremo de no querer comer en platos o cubiertos que hayan estado en contacto con carne, asistimos con perplejidad al rebrote de la rama más intransigente del antiguo espíritu fariseo. Hoy, como entonces, se exige una separación estricta entre las cosas que se consideran puras y las impuras, y la suspicacia recae sobre quien no ve la necesidad de cumplir estas normas. Al fin y al cabo, se acaba por establecer una distancia, no ya entre alimentos, sino sobre todo entre personas; este viejo espíritu puritano no puede admitir que la redención sea para todo el mundo, desconoce la posibilidad de perdón y la existencia de la misericordia.

EDUARD BRUFUÀ